

Pantanosos son los caminos de la Historia

*“¡Adelante! A la cima que guarda
La memoria de tanto inmortal”*
Primera Estrofa del Himno de Boyacá

Por la salud de la Nación

Muy activo estuvo el virrey Juan Sámano la noche del 8 de agosto de 1819, en que abandonaba precipitadamente la capital del Virreinato para ponerse a salvo tras las murallas de Cartagena. Se tomó tiempo el Virrey para escribirle al Comandante del Expedicionario, Pablo Morillo, y enterarlo de la destrucción de la III División en el camino entre Tunja y Santafé y, de paso, culpar al coronel José María Barreiro por los desastrosos resultados para los defensores de la Monarquía Absoluta.¹

El 9 de septiembre le enviaba Bolívar, ya en Santafé, al virrey, en Cartagena, una propuesta de canje de prisioneros. Con cajas destempladas recibió el virrey a los padres capuchinos que Bolívar envió con su propuesta, entre tanto el Libertador dejaba encargado a Santander de la capital y partía a Venezuela. Encargado Santander del gobierno de la nueva República, tendría que hacer frente a uno de los hechos políticos más difíciles de su vida y que más se le ha reprochado, incluso 200 años después. El 11 de octubre, Santander ordena y presencia el fusilamiento de 39 realistas, el primero de ellos el Coronel Barreiro.

La situación de la capital para Santander era inquietante, sin tropa, sumado al afecto con que contaba Barreiro en muchas de las familias santafereñas y con un gobierno en consolidación. La presencia de los prisioneros en el claustro de las Aulas se convertía en un peligro para la estabilidad del nuevo régimen; Santander acusa a Barreiro de querer pasarse al servicio de la República como simple soldado. Un año después, todavía estará respondiendo por este acto en largos y farragosos panfletos, cartas y artículos, justificado en la actitud de Barreiro con los prisioneros de La Ramada, en el silencio del Virrey ante el canje y en la vigencia de la “Guerra a Muerte”.²

Preparado estaba el cadalso desde el 10 de octubre. A los oficiales del Rey, en capilla desde la noche anterior, en la madrugada del 11, se les notificó la orden de Santander. Marchaba al cadalso, cargado de cadenas y grilletes, el antes orgulloso coronel de artillería don José María Barreiro, cuando llamó al coronel Plaza, quien mandaba la marcha y le entregó el retrato de su prometida, para que se lo diera al hermano de la des-

dichada novia, quien servía en el cuerpo que mandaba Plaza. Presenciaba Santander desde la puerta del antiguo palacio el acto como máxima autoridad de la ciudad, cuando un peninsular de apellido Malpica dijo en voz alta amenazantes palabras contra el nuevo gobierno y Santander lo mandó ejecutar en el acto.³

De primero le correspondió morir a Barreiro por ser el oficial de mayor gradación. De rodillas se le hizo la descarga por la espalda, según O’Leary. Después de la muerte de Barreiro, Santander dirigió al pueblo unas palabras.⁴ Tenía Barreiro al morir 26 años y quien lo mandó fusilar 27.

Soldado del Rey

El 20 de agosto de 1793, bajo el gobierno de su Católica Majestad Carlos IV, era bautizado en la iglesia del Real Hospital de la Marina de la comercial ciudad de Cádiz, José María Bernardo Joaquín Antonio Francisco de Paula Luis Gonzaga Ramón de la Asunción, hijo legítimo de don José Barreiro, teniente coronel de infantería y ayudante mayor de los Reales Ejércitos y de Doña María Antonia Manjón. De familia gallega por herencia paterna y de noble ancestro por la materna, estaba destinado, como su padre, a servir en el poderoso ejército de los Borbones. Tan importante para la historia del Nuevo Reino de Granada será este gaditano, como lo fueron el ilustrado Mutis nacido y educado en esa misma ciudad y la Constitución de la Monarquía Liberal de Cádiz, de 1812, *La Pepa*.

A los 13 años, el 1 de enero de 1806, ingresa Barreiro como cadete en el Colegio Militar de Segovia, dos años después, tendrá su bautismo de fuego al participar en la defensa de Madrid, cuando las tropas de Napoleón entran a la capital de la Monarquía, mientras Carlos IV y Fernando VII, vergonzosamente, abdicaban a la Corona Española en Bayona.

El joven Barreiro fue hecho prisionero y recibió sus primeras heridas de guerra en 1808. Para 1810, ya liberado y de regreso en Cádiz, el ejército español le concede el grado de teniente y, dos años después, el de capitán. Para el momento en que Napoleón es vencido y Fernando, Rey Absoluto, regresa de su prisión, don José María alcanza el grado de teniente coronel graduado de artillería.

Con la suficiente experiencia, pudo hacer parte del cuerpo de artillería en la Expedición Pacificadora enviada a América por Fernando VII, comandada por el veterano Pablo Morillo. Entre las cualidades que se

Barreiro, memoria de un perdedor

Abel Fernando Martínez Martín

Andrés Ricardo Otálora Cascante

certifican en su hoja de servicios, están las de conducta, salud y disposición personal muy buenas, valor acreditado, oficial de capacidad, aplicación e inteligencia en tropa, con formación teórica, experiencia práctica, noble y soltero.⁵

De Cádiz partió la Expedición Pacificadora el 17 de febrero de 1815. Sólo ocho días después de zarpar y estando en altamar, Barreiro y sus compañeros reciben la inquietante noticia de que el Ejército no se dirigía a Montevideo, sino a Costa Firme; tierra por la cual los soldados sentían gran temor por la “Guerra a Muerte” y el ambiente tropical que consumía a los europeos.⁶

La pista de Barreiro se pierde desde el desembarco en la costa de Venezuela. No se conoce nada de las actuaciones de Barreiro durante el sitio de Cartagena, seguramente, poco o nada pudo hacer un oficial del cuerpo de artillería, ya que una vez llegados los expedicionarios a Costa Firme, el primer mal presagio vino por cuenta de la explosión del buque insignia, el *San Pedro Alcántara*, que se llevó con él el aguardiente y el parque de artillería, hecho que determinó la necesidad de sitiar a Cartagena para rendirla, pero por hambre.

De un lado a otro, viviendo la “Guerra a Muerte” en Venezuela y como gobernador de Cumaná, andaba don José María, a finales de 1817, como estrella que se apaga. No había recibido más ascensos tras su fulgurante pasado en la Península y no tenía más mando militar que el de un cuerpo de artillería, cuando la oportunidad y los designios de Morillo se presentaron. Contradictorio se manifiesta el Pacificador en el oficio de recomendación de Barreiro, en enero de 1818, informando al Ministro de Guerra que había quedado vacante el mando de la III División Expedicionaria, al ser nombrado Virrey Juan Sámano, razón por la que Morillo piensa en nombrar a uno de sus oficiales protegidos, Sebastián de La Calzada, para ese cargo. Como esto no pudo ser, el Pacificador piensa en los coroneles Aldama o Warleta, quienes instan su relevo por enfermedad, por lo que el comandante, al no tener jefes de confianza de los que valerse, decide nombrar al coronel de artillería José María Barreiro.⁷

En su recomendación afirma Morillo, que el coronel Barreiro corresponderá dignamente a su confianza y que trabajará con el celo e inteligencia que ha manifestado en las campañas pasadas, ordenando que pase al Nuevo Reino con tropas venezolanas y los restos del VI Escuadrón de Artillería Volante, marchando a Santafé bajo las ordenes directas del virrey.

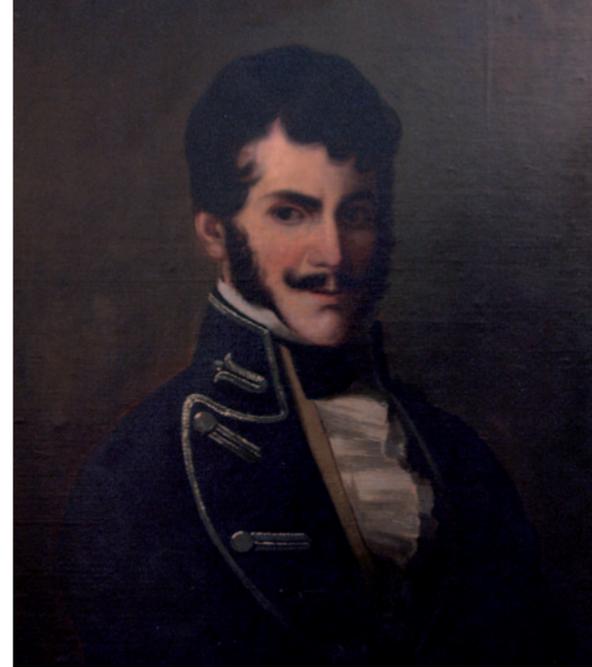
De un momento a otro, Barreiro renace en lo militar y en lo personal. Al llegar a Santafé, se convierte rápidamente en un buen partido anunciado por las casanderas capitalinas bajo el título de “Adonis de las Mujeres”.⁸ Soltero, noble, con mando, uniforme, bigotes y patillas, queda su cuadro en el Museo Nacional de Bogotá. Prometido estaba José María Barreiro, el más joven de los comandantes expedicionarios en Costa Firme, cuando se decide a entrar en escena en el teatro de la guerra neogranadina, la provincia de Tunja.

La III División del Ejército Expedicionario estaba encargada de la defensa de las provincias interiores y de la capital del Nuevo Reino. Era considerada una división de reserva que protegía las líneas de abastecimiento. Para 1819, la III División contaba con 3700 hombres en la provincia de Tunja y su capital servía de cuartel general. Barreiro desarrolló una estrategia militar que consistía en fragmentar la tropa en varios destacamentos situados en diversos puntos de la cordillera; estrategia que fue criticada por el Pacificador, quien le advirtió los peligros que conllevaba subdividir los soldados por toda la geografía de los Andes Orientales.⁹

En mayo de 1819, don José María, resuelto a acabar con los insurgentes, decide incursionar en los Llanos, cosa que hizo sin muchas municiones y con pocos caballos. A pesar de la gran cantidad de reses que existían en el llano, los del Rey no la tuvieron fácil. La mayor parte de todo un regimiento fue empleada en la caza de cabezas de ganado; 1450 hombres se alimentaron escasamente con siete reses en un día, lo único que pudieron capturar los soldados de Fernando VII.¹⁰ La expedición a los llanos resultó un fracaso, las constantes lluvias, el haberse ahogado parte de la tropa en los crecidos ríos, la desertión de venezolanos; la desesperación por alimentar la tropa que los obligó a matar reses a bala; el ataque de los toros que provocó que varios soldados fueran heridos, así como la tierra arrasada, son parte de las desgracias provocadas por esta aventura realista.

Vuelve así Barreiro a Tunja desilusionado, seguro de la difícil situación de los del Rey, ocupado en sofocar los brotes de insurrección que habían estallado en su ausencia y más seguro que nunca de que Tunja era el mejor lugar para dirigir las operaciones contra los insurgentes que, al mando de su tocayo Francisco de Paula Santander, estaban ya camino a la provincia. No sabía Barreiro que aparte de su amarga experiencia en su “Paseo Militar” al llano, traía consigo la enfermedad que lo paralizaría, cuando más actividad requeriría, en los meses por venir.

Óleo anónimo de Barreiro. Museo Nacional



En mayo de 1819, Morillo escribía en Venezuela una nueva comunicación al Ministro, confirmando la precaria defensa del Nuevo Reino, que lo llenaba de sobresaltos y preocupaciones, ante la inexistencia de tropas europeas en el teatro de la guerra. Premonitorio, el Pacificador afirmaba: “Por pronto que yo pueda marchar en su socorro, Bolívar y Santander habrán hecho grandes estragos, y una vez ocupada por ellos la Capital, serán precisamente reforzados por los mismos batallones que ahora sostienen la causa de S.M.”.¹¹

En su cuartel general de la casa de la Torre de Tunja, con vista a la plaza mayor de la ciudad, don José María escribirá y escribirá mientras llueve y sopla el viento en la helada esquina de la Pulmonía, mientras observa el retrato, en miniatura, de su amada santafereña. Barreiro escucha desde este centro gravitacional de la ciudad las campanas de los monasterios de la urbe colonial, a la vista la Iglesia Mayor de Santiago, el Convento de Santo Domingo y la Iglesia del Hospital de San Juan de Dios en el antiguo claustro jesuítico, la espadaña del Convento Real de Santa Clara y, en el centro de la plaza, la fuente con el Mono de la Pila.

No escribirá Barreiro tanto ni tan extensos versos como el Beneficiado de Tunja don Juan de Castellanos, ni tan místicos y autobiográficos como los de sor Josefa del Castillo. Menea la pluma el coronel de artillería, que sí tiene quien le escriba y a quien escribirle, la mayor parte de veces desesperado y preocupado por la condición de sus oficiales y sus tropas, pidiendo al gruñón Virrey Sámano vestuarios, medicinas, calzado, munición, comida y paga; otras, desafiante; otras veces, seguro del triunfo de los del Rey; otras, preocupado porque el

número y apoyo de los insurgentes es muy grande; otras tantas, disimulando derrotas y exagerando victorias; a veces sobre el clima, a veces en las frías madrugadas, a veces víctima de la fiebre, a veces amenazante con los habitantes de la ciudad que mantenía en toque de queda, otras, totalmente cansado. El 29 de julio Barreiro ya no escribe más, quizá porque no encontró donde hacerlo en su tortuoso camino por páramos sin cuento entre el amenazante cielo de Vargas y el de Boyacá.

De Boyacá en los campos

Barreiro empieza a moverse entre Tunja y So-gamoso. Escribe desde cualquier punto al Virrey sobre sus avances en la construcción de hospitales y almacenes, sobre lo superior de las fuerzas patriotas a las suyas y la inferioridad e imposibilidad de reunir a las fuerzas que había subdividido, de la incesante lluvia que lo paraliza, de la desertión excesiva que lo ha llevado a fusilar a muchos soldados, mientras le pasan las cuentas de la carne, la sal y la ropa que consume la tropa y se amontonan las obligaciones del comandante.

De vuelta en su cuartel general, Barreiro desestima los pasos montañosos de La Salina y Paya por paramunos y fragosos, imposibles de trasmontar en esa época del año, ya que si a través de la ventana el agua caía a cántaros de los alares de los tejados de Tunja, cómo sería en esos páramos y con tropas llaneras no acostumbradas al frío andino. Seguía escribiendo Barreiro, mientras el Ejército Libertador de Nueva Granada ascendía por los pasos que Barreiro creía imposibles. Para sorpresa del incrédulo Coronel, el 2 de julio, quinientos insurgentes estaban en Pisba.¹² En Tunja, Barreiro enferma de calenturas el 28 de junio, en ese momento decisivo.

Para aquellas fechas, las fuerzas que intrigaban contra el Coronel ya estaban en movimiento. Morillo consideraba que removerlo del cargo podría evitar la pérdida del Nuevo Reino y por varios medios Sámano y Morillo intentaron sustituir a Barreiro. El 2 de julio el Pacificador le comunicaba al Ministro de Guerra, que había hecho nombramiento como comandante de la III División al mariscal de campo Miguel de la Torre, quien pasaría inmediatamente a ocuparse del mando y relevar a Barreiro debido a su indolencia, falta de previsión y falta de noticias;¹³ desde Santafé, Sámano envía al cirujano mayor de la División Fernández de Noceda a Tunja, para informarse de la enfermedad de don José María.¹⁴

El enfermo Barreiro todavía piensa en resistir. El 6 de julio escribe a Sámano, quien había enviado a La Calzada a relevarlo del mando, argumentando su grave enfermedad. Contesta Barreiro al virrey que no cumplirá su orden, en razón de no manchar su honor militar, afirmando que sólo podía ser removido por Morillo; finaliza diciendo que saldrá a buscar a los insurgentes y que salva su responsabilidad sobre el resultado.¹⁵ Aprovecha Barreiro para comunicarle a La Calzada el repentino restablecimiento de su salud y le expide pasaporte para regresar a Santafé, en la “lluviosa y tenebrosa” madrugada del 8 de julio.¹⁶

Sale finalmente Barreiro y encuentra a los patriotas en el puente de Gámeza. Desde los Molinos de Tópaga, el 12 de julio, informa al Virrey de su éxito en este combate. Sin embargo, Sámano, desconfiado, tenía espías que le mantenían informado de las acciones del desdichado coronel.

En sus oficios del 10 y 12 de julio, Barreiro le explica al Virrey cómo hace matar a los prisioneros para comprometer a la tropa y cómo los curas y los criollos ayudan a los rebeldes, mientras que los indígenas ayudan a los del Rey, a pesar de decir que es “demasiado humano”, promete castigos ejemplarizantes contra los insurgentes. Tan animado andaba, que llama “despreciable” y “cobarde” a su enemigo y ya daba por pronta la victoria de las armas reales, por lo que decide reunir las tropas que estaban en Tunja, dejando en la ciudad un cabo y cuatro soldados “de los más inútiles”.^{17,18} Lluve incesantemente, Barreiro se detiene en Paipa a preparar todo para el próximo triunfo de los del Rey.

En el día del Patrón de las Españas

El 26 de julio, un día después de la batalla del Pantano de Vargas, informa Barreiro a Sámano el parte de victoria de los ejércitos del Rey sobre los rebeldes. Cuenta como se precipitaron los insurgentes sobre las bayonetas de los realistas y que sólo un fuerte aguacero le había impedido aniquilarlos; de no ser por la Naturaleza, Barreiro habría destruido a todos los “insurgentes de Costa Firme”.¹⁹ Ese mismo día, en oficio reservado, Barreiro asegura los gloriosos sucesos, pero empieza a solicitar más cartuchos, más dinero y los cañones de montaña y un obús, para que su arma entre en combate. Se excusa con el Virrey porque la constante lluvia le impide escribir.

Olvidaba Barreiro que había abandonado precipitadamente la casa al pie del pantano, la de las seis ventanas; venta que le había servido de cuartel general aquel domingo 25 de julio, desde la que había visto

ondear la bandera de los húsares de Fernando VII sobre el cerro del Cangrejo, a pesar de la lluvia, para luego ir a dormir a Paipa, en medio del frío y la niebla.

Entre el sol de Vargas y el de Boyacá

Escuchando misa con el ejército andaba don José María, muy circunspecto, hablando con sus oficiales. Mojadas y cansadas estaban las tropas y no tan convencidas, como sí lo estaba Sámano por los partes que le había mandado, de que lo de Vargas hubiera sido la victoria prometida. Eran las seis de la mañana del 1 de agosto y, en la plaza de Paipa, todo era confusión, cuando alguien gritó que venía Bolívar, con lo que se desbandaron todos saliendo por el camino real a Tunja, hasta unas casas grandes donde se quedaron. A la vista, el Libertador acampaba, haciéndoles creer que volvía sobre sus pasos para, en la noche, contramarchar por el camino a Toca rumbo a Tunja.

Desde el 29 de julio enmudeció la pluma de Barreiro, cuando se dio cuenta de lo que habían hecho los patriotas. Emprendió la rápida marcha hacia la ciudad y en la Venta del Mico sobre el camino real recibió la noticia de la toma de Tunja. Sin embargo, tuvo Barreiro la oportunidad de ser aclamado por última vez, ya que cuando los patriotas entraron a Tunja, en la mañana del 6 de agosto de 1819, al verlos vestidos con los uniformes quitados a los españoles en Vargas, juzgaron algunos cándidos tunjanos que eran soldados del Rey y vitorearon a Barreiro como vencedor; cosa que les costó la vida, ya que 13 de ellos fueron lanceados en las calles.²⁰

Empieza entonces Barreiro su penosa marcha, con el sol a sus espaldas. Avanza por el páramo entre Cómbita y Motavita, alejado del camino real. Piensa primero en recuperar su cuartel general, pero la lluvia, el hambre y el cansancio se lo impiden. En la desocupada Motavita, poblado a espaldas de la ya no tan realista Tunja, en la noche del 6 de agosto, Barreiro es víctima



“Casa de las seis ventanas” en el Pantano de Vargas. Fotografía: Luis Antonio Buitrago Bello

del espionaje tunjano, que existe desde el tiempo de las Hinojosas, y así Bolívar descubre sus planes. El coronel confía en que los insurgentes permanecerían allí al menos quince días y decide marchar por detrás del cerro de San Lázaro, que domina la ciudad, camino a Santafé, alcanzando el camino real en el puente sobre el río Boyacá para llegar a la capital.

La madrugada del 7 pocos duermen en Tunja y sus alrededores. En la agónica hora final de la monarquía absoluta, Barreiro ordena poner en marcha la división a las tres y media de la madrugada, llegando al puente de Boyacá a las 2 de la tarde, donde los del Rey, cansados y hambrientos, hicieron alto para comer y descansar, y allí son sorprendidos por los patriotas. Aniquilada la división, el comandante expedicionario es aprehendido tras unas piedras y, como ya se sabe, llevado a Santafé; algunos otros oficiales escapan por el páramo buscando el río Magdalena.²¹ A la misma hora, en Santafé, el virrey Sámano, celebra la victoria de los defensores de Fernando VII en el Pantano de Vargas.

Colofón

Doscientos años después, Barreiro padece aún la suerte que cubre la memoria de los vencidos. Ni los que ganaron ni los que perdieron querían verlo con vida, aun hoy, mientras se les hecha pátina a los catorce lanceros que derrotaron a seiscientos del Rey en Vargas, el único vestigio que queda de su paso por tierras de Boyacá, la casa de las seis ventanas, desde donde “ganó” la batalla en nombre del apóstol Santiago, permanece en ruinas. En la capital provincial, cuelgan las placas en honor a los héroes de la República; ninguna recuerda que en ella estuvieron alguna vez los defensores de la monarquía absoluta. En la Casa de la Torre funciona hoy la Gobernación de Boyacá, nombre que existe gracias a Barreiro, quien perdió al fin una batalla. ■

Abel Fernando Martínez Martín (Colombia)

Médico, magister en Historia y docente de la Escuela de Medicina de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (UPTC). Director del Grupo de Historia de la Salud en Boyacá de la UPTC.

Andrés Ricardo Otálora Cascante (Colombia)

Odontólogo, especialista en Antropología Forense, magister en Antropología, estudiante de doctorado en Historia y docente de la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional de Colombia. Investigador del Grupo de Historia de la Salud en Boyacá de la UPTC.

Notas

- 1 “Oficio del Virrey Sámano al general Pablo Morillo. Santafé, 8 de agosto de 1819”. En: Lee López, Fray Alberto (Comp.). *Los Ejércitos del Rey 1818-1819*, Tomos I y II. Bogotá: Presidencia de la República, 1989, Tomo II, p. 434.
- 2 “Carta del General Santander al General Bolívar. Santafé, 17 de octubre de 1819”. En: Lee, *Op. Cit.*, 1989, Tomo II, p. 286.
- 3 Carlos Cuervo Borda. “El fusilamiento de Barreiro y sus compañeros”. En: *Revista de América 14* (1946), pp. 220-222.
- 4 Daniel F. O’Leary. *Memorias*, Tomo III. Bogotá: Biblioteca de Autores Colombianos, 1952-1953, pp. 263-265.
- 5 José Pérez. “El Coronel José María Barreiro y Majón (1793–1819), según documentos españoles”. En: *Boletín de Historia y Antigüedades*, Vol. LVI: 657, 658, 659 (1969), p. 435.
- 6 Rafael Sevilla. *Memorias de un Oficial del Ejército Español. Campañas contra Bolívar y los Separatistas de América*. Madrid: América, 1916, p. 24.
- 7 “Morillo al Ministro de Guerra. Cuartel General de Valencia, 25 de enero de 1818”. En: Lee, *Op. Cit.*, 1989, Tomo I, p. 2.
- 8 “Richard Slatta y Jane De Grummond. Simón Bolívar’s Quest for Glory”. Austin, Texas: A&M University Military History Series, 86, 2003, p. 196.
- 9 “Oficio del General Morillo a Barreiro. Cuartel General de Calabozo, 20 de mayo de 1819”. En: Lee, *Op. Cit.*, 1989, Tomo II, p. 97.
- 10 “Parte de Barreiro al Virrey. Tunja, junio de 1819”. Andrés Montaña (Comp.). *Santander y los Ejércitos Patriotas. 1811-1819*, Tomo I y II. Bogotá: Presidencia de la República, 1989, Tomo II, p. 140.
- 11 “Oficio de Morillo al Ministro de Guerra. Cuartel General de Calabozo, 12 de mayo de 1819”. En: Montaña, Tomo II, p. 175.
- 12 “Oficio de Juan Figueroa a Barreiro. Labranzagrande, julio 2 de 1819”. En: Juan Friede. *La Batalla de Boyacá, 7 de agosto de 1819, a través de los archivos españoles*. Bogotá: Banco de la República, 1969, p. 37-38.
- 13 “Oficio del General Morillo al Ministro de la Guerra. Calabozo, 2 de julio de 1819”. En: Lee, *Op. Cit.*, Tomo II, p.198.
- 14 “Oficio del Virrey a Barreiro. Santa Fe, 3 de julio de 1819”. En: Lee, Tomo II, p. 206.
- 15 “Oficio de Barreiro al Virrey. Tunja, 6 de julio de 1819”. En: Friede, 1989, p. 46.
- 16 “Oficio de Barreiro al Virrey. Tunja, 8 de julio de 1819, una de la madrugada”. En: Lee, *Op. Cit.*, Tomo II, p. 249.
- 17 “Oficio de Barreiro al Virrey. Molinos, julio 10 de 1819”. En: Friede, 1989, p. 64-66.
- 18 “Oficio de Barreiro al Virrey. Molinos de Tópaga, 12 de julio de 1819”. En: Friede, pp. 72-74.
- 19 “Oficio de Barreiro al Virrey. Pantano de Vargas, julio 26 de 1819”. En: Friede, p. 95.
- 20 Prieto Villate, Elías. “Apuntamientos sobre la campaña de 1819”. En: *Repertorio Boyacense* 43 (1917), p. 104.
- 21 “Diario Histórico de la División (al margen) Diario Militar. 8 de agosto de 1819”. En: Friede, p. 119.